

EN ROMA, CON MONSEÑOR USSIA

— POR MARINO GOMEZ-SANTOS

3 EL RELATO DE LA LIBERACION

EL prelado y diplomático español secuestrado el día 30 de abril y cuya pista trataban de encontrar más de mil hombres, marcha a pie, solitario, por la vía Braccianese, a cuatro kilómetros de Bracciano, sin encontrar a nadie en el camino.

—Me despertaron sobre las tres de la madrugada, dándome un traje gris y un sombrero de paja al tiempo que un paquete que contenía el hábito sacerdotal. Nuevamente volvieron a colocarme las gafas opacas.

La vispera había publicado la Prensa italiana una nota facilitada por los secuestradores en la que se anunciaba que iban a dejar a monseñor Ussia en unos jardines de Roma al atardecer. La nota, que aparentemente podría parecer ingenua, estaba llena de intención, porque al adelantar varias horas la libertad del prelado español lo hacían con todo género de seguridad para ellos y, una vez más, dominaban la situación y se burlaban de la Policía italiana.

—Sobre la vía Braccianese me hicieron bajar del automóvil y caminar unos pasos aún con las gafas puestas. Entonces me situaron de espalda, diciéndome que no me moviera hasta no oír el golpe de las dos puertas del coche al cerrarse.

Fueron momentos de una tensión nerviosa realmente impresionante. Porque cuando unos secuestradores colocan de espalda a su víctima, sola frente al cam-

po abierto, con la promesa de que escoja la libertad, nunca se sabe si un segundo después puede sonar el disparo.

El sacerdote español, con verdadera resignación cristiana, esperó unos instantes.

—Oí, efectivamente, el golpe seco de las dos puertas del automóvil que se cerraban; apenas vi desaparecer el automóvil, que salió veloz.

Con un paquete bajo el brazo

—¿Y qué ocurrió luego? Monseñor Ussia habla despacio, en voz baja, apaciblemente. De vez en cuando sonríe, resignado, comprensivo.

—¿Luego?... Pues que me encontré en la carretera solitaria, con un paquete bajo el brazo. Al andar unos pasos me di cuenta dónde estaba y seguí por la carretera, hasta la parada del autobús que viene a Roma.

Este autobús hace el itinerario Roma-Bracciano, Manziñana-Oriolo.

—¿Nadie le reconoció?

—No; pero, sin embargo, puedo contar una anécdota que me ocurrió durante el trayecto. Después de haber pagado el billete me senté en un sitio que vi libre, en el que coincidí con un campesino que leía el periódico. De soslayo pude leer en grandes titulares: «Monseñor Ussia será liberado esta tarde.»

Monseñor Ussia vuelve a sonreír, que es todo el comentario personal que hace de la anécdota que nos ha contado.

El coche de línea iba completo de viajeros. Entonces, monseñor Ussia, cuando llegó a corta distancia de la Estación de Radio Vaticana, de Santa María Baleria, se asomó a la ventanilla, para cerciorarse de que estaba llegando. Después, con su paquete bajo el brazo, donde llevaba envuelta la sotana, se acercó a la salida del autobús y en la primera parada pudo aperse.

—Delante de la verja de Radio Vaticana me presenté a un brigadier de la gendarmería.

Pudo cambiarse el traje gris por el hábito sacerdotal y afeitarse su crecida barba.

—En seguida llegó el embajador, don Antonio Garrigues, acompañado del alto personal de la Embajada y del comandante de la gendarmería, que me acompañaron hasta aquí.

Los periodistas que vieron

a monseñor Ussia llegar a la Embajada de España coinciden en que estaba pálido; pero ello es lógico, si se piensa que fué despertado a las tres de la madrugada para salir a la carretera con sus secuestradores, que las últimas seis horas tuvieron que ser para monseñor Ussia de una gran emoción y que el encuentro con una nube de cámaras fotográficas y de televisión, al tiempo que con todos los corresponsales de Prensa extranjera y periodistas italianos, no son tampoco episodios cotidianos.

Algunas conclusiones

De momento, el traje gris y el sombrero de paja que vistió monseñor Ussia cuando fué puesto en libertad ha sido llevado a la Escuela Científica de Carabineros de Roma para ser examinado, en espera de encontrar algún detalle útil.

El prelado y diplomático español cree que no podría reconocer la casa donde estuvo secuestrado; pero, por las noticias que ha aportado y por los estudios hechos por los investigadores, se cree que el escondite está localizado en el triángulo Cerveteri-Palidoro-Anquillara.

No se sabe aún quiénes son los autores del secuestro y muy poco se ha podido averiguar acerca de sus características físicas.

Muchas preguntas quedarán sin respuesta y cuando esta crónica se publique, monseñor Ussia habrá reanudado sus tareas normales en la Embajada española, cerca de la Santa Sede, aunque su fisonomía ha saltado ya para siempre del anonimato a la popularidad, fácilmente reconocible por los transeúntes.

El periodista, trasladado a Roma con este motivo, cree que la Policía y monseñor Ussia saben, efectivamente, mucho más de lo que la Prensa ha publicado, pero que altas razones, de naturaleza diversa, aconsejan, por el momento, dejar este asunto entre la luz y la sombra.

A nosotros, personalmente, nos hubiera gustado conseguir un amplio reportaje sobre la vida de monseñor Ussia; pero tampoco al prelado le habían ocurrido grandes cosas.

Este verano, seguramente, vendrá al país vasco para pasar sus vacaciones de verano y para entonces, este episodio habrá perdido, en el tiempo, su perfil noticiable para adquirir un tinte literario, como de relato de Simenón.